
EL FINAL DEL DESENCANTO

Ludolfo Paramio



2

Entre las muy apreciables sorpresas y emociones que la transición a la democracia en España, tras la muerte del general Franco, han proporcionado a los investigadores y al público en general, una de las más paradójicas es, sin duda, el llamado *desencanto*:

la desmovilización y desintegración de la mayor parte de la vanguardia política que encabezó la lucha contra la dictadura, con el consiguiente repliegue de sus componentes a la vida privada, y la simultánea despoltización de un amplio sector del electorado, manifiesta en el continuo crecimiento de las tasas de abstención entre 1977 y 1979¹

En efecto, que un sector más o menos amplio de militares ultraderechistas intentase volver hacia un régimen autoritario, como lo intentó el 23 de febrero de 1981 con la toma del Congreso de los Diputados, podía ser cualquier cosa menos sorprendente tras una dictadura de 40 años. Pero que quienes encabezaron la oposición a esa dictadura se sintieran *desencan-*

tados ante la progresiva estabilización de la democracia y en una situación en la que cada vez se hacía más verosímil la formación de un Parlamento dominado por la izquierda, que quienes se jugaron la libertad y la vida por la democracia y la izquierda abandonaran el juego político precisamente cuando sus expectativas parecían poder realizarse, es algo que exige, por lo menos, un examen más detallado.

Ante este fenómeno se han adoptado diversos modelos explicativos. Todos ellos coinciden, previsiblemente, en la existencia de unas expectativas defraudadas. La discusión comienza cuando se trata de saber cuáles eran estas expectativas. Desde una perspectiva radical o marxista, la tesis más común es la de que la izquierda no supo aprovechar las posibilidades que la ofrecía la transición a la democracia, realizando, por el contrario, concesiones innecesarias y desmesuradas a cambio de logros relativamente limitados, lo que condujo a medio plazo a una creciente desmoralización de las bases sociales de la izquierda ².

La versión más radical de esta tesis sostiene que de no ser por la excesiva prudencia de los partidos de izquierda se habría podido llegar a una *ruptura* con el Estado heredado de la dictadura, en vez de una reforma que ha implicado la continuidad en lo fundamental del aparato de Estado del franquismo. Por supuesto, esta tesis sólo puede defenderse si se parte del supuesto de que dicho aparato de Estado, y en particular las fuerzas armadas, habrían aceptado tal ruptura. En esa versión más radical, por tanto, es preciso aceptar que el riesgo de golpe de Estado era despreciable: «La imaginería del golpe de Estado inminente, de ser una descripción adecuada de la realidad y de la relación de fuerzas, aparece con el tiempo como tesis justificativa de la política timorata de la izquierda» ³.

Todos los modelos explicativos del desencanto coinciden en la existencia de unas expectativas defraudadas.

En segundo lugar, esta tesis implica que las bases sociales de la izquierda creían en la posibilidad de una política más radical y que consiguientemente se vieron defraudadas por la moderación de sus partidos. Pero, por el contrario, según una encuesta realizada entre la clase obrera industrial española en el invierno de 1977-1978, «la inmensa mayoría de la clase obrera ni creía en la existencia, ni estaba a favor de una alternativa a la política del gobierno» ⁴. Curiosamente, esto era compatible con unas expectativas muy bajas sobre las posibles realizaciones de ese mismo gobierno y con un voto inequívoco y mayoritariamente de izquierda, claramente favorable al PSOE. Más aún, a la hora de buscar explicaciones a la crisis económica los trabajadores industriales aceptaban ideas muy moderadas: un 40 por 100 vinculaba explícitamente la crisis a una caída de las ganancias provocada por las subidas salariales ⁵. Como se verá fácilmente, semejante combinación de escepticismo político, voto de izquierda y aceptación de los modelos de *profit squeeze* como explicación de la crisis compone un cuadro complicado y que encaja mal con la idea de que las bases sociales de la izquierda se sintieron defraudadas por la excesiva moderación de sus partidos.

También se han propuesto versiones más moderadas de la tesis que atribuye el desencanto a la política de la izquierda. En una de estas versiones se considera que la falta de iniciativa del PSOE durante el año 1978, combinada con la curiosa *liaison* mantenida en el mismo período por el PCE con UCD y con un mecanismo de toma de decisiones crecientemente oculto a la opinión pública, determinó la aparición de la despolitización y el desencanto ⁶. En esta perspectiva se hace hincapié en la solidez de las condiciones objetivas en las que debía trabajar la izquierda —incluyendo la muy fuerte presencia de sectores ultraderechistas dentro del aparato de Estado, y el consiguiente riesgo de golpe—,

pero se le reprocha a ésta una notable combinación de inmadurez y oportunismo.

Se podría aceptar que esta segunda versión de la tesis *subjetivista* sobre los orígenes del desencanto es más realista que la primera y, sin duda, ofrece el interés de combinar el reconocimiento de las condiciones *objetivas* de partida, con un análisis de las limitaciones *subjetivas* de las organizaciones de izquierda. Pero la combinación entre estos dos enfoques sólo parece posible si se estudian *todas* las condiciones de partida en las que se enmarca el proceso de transición a la democracia en España, y no sólo las referentes a la fuerza del aparato del Estado o a la relación de fuerzas entre las clases, ya que en efecto las mismas limitaciones subjetivas de la izquierda deben guardar alguna relación con una determinada cultura política que surge y se desarrolla bajo la dictadura. Esto es lo que intentaré estudiar más adelante.

Una explicación alternativa al desencanto ha sido la sugerida por lo que podríamos llamar la literatura *regeneracionista*. En los años de la transición se hizo muy frecuente un tipo de ensayo, a menudo periodístico, pero que con frecuencia adoptó finalmente la forma de libro, caracterizado por los siguientes rasgos: 1) Insistencia en la necesidad de modernizar y regenerar a España, apartándola de sus desgraciadas miserias seculares. 2) Invocación de pasados esfuerzos regeneracionistas, como los de la generación del 98 y, muy en particular, la Izquierda Republicana de Azaña en la II República. 3) Hincapié en la impermeabilidad de los partidos políticos existentes a las *demandas de los nuevos movimientos sociales*. 4) Afirmación de la necesidad de cubrir ese vacío político, lo que a menudo significa apuesta por un nuevo partido situado entre el PSOE y la UCD, el llamado *partido bisagra*.

**El partido bisagra
no podría satisfacer a quienes
rechazan la política como práctica
de gobierno,
como ejercicio del poder.**

La clave, no siempre explícita, de esta explicación, es el descubrimiento de un modelo a imitar en el partido radical italiano, un partido que está por encima de las tradicionales clasificaciones entre derecha e izquierda, que revela gran capacidad de atracción hacia los nuevos movimientos sociales, y cuya actividad ha sido un importante factor para la modernización de la sociedad italiana, precisamente por haberse negado a aceptar los compromisos propios de la dialéctica tradicional izquierda/derecha. Es importante recordar que 1980-81, los años centrales del desencanto, son también los años en que el partido radical atrae buena parte de la atención de los observadores extranjeros de la vida política italiana, antes de que Craxi consiga arrebatarse ese protagonismo con la formación del gobierno pentapartido.

Ahora bien, la grave contradicción de la hipótesis del *partido bisagra* es que quienes pretenden su formación buscan a la vez un instrumento de gobierno y un partido de oposición, más o menos lo mismo que los comunistas italianos han pretendido, con poco éxito, que fuera el PCI. La única alternativa para resolver esta contradicción sería convertir al nuevo partido en socio menor de una coalición de gobierno, o en apoyo exterior de un gobierno que no disponga de mayoría suficiente. Basta con imaginar a los radicales italianos en semejante situación para comprender que el partido bisagra sólo podría ser la solución de un sector reducido de los españoles desencantados. Podría satisfacer a los azañistas que desconfían del PSOE, a los antiguos centristas que han visto con sorpresa como UCD escoraba hacia la derecha y perdía su inicial voluntad reformista. Sería, incluso, la fórmula ideal de participación política para algunos antiguos marxistas-leninistas que han perdido (por fortuna) la fe en el viejo credo.

Pero el partido bisagra no podría satis-

facen a quienes rechazan precisamente la política como práctica de gobierno, como ejercicio del poder, y creen sólo en la política como *práctica de oposición* libre de todo compromiso. Un partido como el recién nacido CDS del duque de Suárez (o como la amplia plataforma de independientes que Tamames y otros políticos cesantes querían crear en torno a Suárez) podría cumplir un papel importante en la política española futura, pero no es nada probable que se convierta en el mesías prometido de los nuevos movimientos sociales si, como es de suponer, se ve obligado a aceptar las reglas del juego al definir su proyecto político. No parece posible, aun con mucha imaginación, ver a Suárez convertido en la versión española de Marco Pannella.

Una última explicación al desencanto goza de cierta difusión en círculos tan distintos como la extrema derecha y los nuevos movimientos sociales: el sistema de partidos no sirve para nada. En su versión más sofisticada se sostiene que la clave es la *burocratización* de la política. «A la creciente organización burocrática de la actividad política se imputa parte de lo que se experimenta como “crisis de representación”. El ciudadano se siente distanciado del Parlamento y del gobierno; el militante del partido»⁷. El paradójico resultado sería una atomización social que los ciudadanos intentarían combatir refugiándose en la privacidad, y aumentando, por tanto, la propia atomización. Pero, naturalmente, la formalización y burocratización de la vida política son condiciones de su existencia: «No hay política sin formalización»⁸. El desencanto en España sería, en este sentido, un caso particular de un fenómeno más general e irreversible.

La ambigüedad de esta explicación reside en el hecho, ya mencionado, de que puede ser adoptada por la extrema derecha con ligeras variantes de vocabulario.

Pero ésta es también la ambigüedad del desencanto, que aparece como un fenómeno típicamente populista en el sentido de Laclau⁹. El discurso desencantado interpela a los ciudadanos en cuanto gente común, ajena y contraria a *los poderosos, los que gobiernan*. Esta es, precisamente, su fuerza, pues puede aglutinar todo descontento ante las realizaciones del gobierno democrático, englobando en unión *non sancta* a fascistas y radicales de izquierda, democristianos integristas y socialdemócratas cesantes.

Yendo al fondo de la cuestión, parece posible formular alguna objeción seria a esta explicación. Es bastante cierto que en toda Europa, e incluso en Estados Unidos, se ha producido en años recientes una crisis de la política tradicional. Pero esta crisis tiene aspectos distintos. Por una parte implica una pérdida de fuerza

**Cabe prever la renovación
de los partidos sobre la base
de la aparición de nuevas
heterogeneidades sociales que exigen
mediación política.**

social de los partidos tradicionales a consecuencia de las nuevas condiciones sociales creadas por el desarrollo de los años 60 y por la crisis de los años 70. Esto es lo que se ha dado en llamar crisis de las *coaliciones keynesianas*¹⁰, coaliciones que habrían sido la base social de los regímenes socialdemócratas y del Welfare State. Por otra parte implica una incapacidad de tales partidos tradicionales para hacer suyas las nuevas reivindicaciones sociales, es decir, para construir nuevas coaliciones que sirvan de base a una política progresiva. Esta fragmentación de la política de izquierda ha ofrecido campo a la derecha para aglutinar a una mayoría social en torno a un populismo de derecha: el *thatcherismo* y el *reaganismo*¹¹.

Ahora bien, esto no permite predecir el irreversible declive histórico de los partidos como formas de mediación política, como parecen suponer O'Connor y Offe¹². Se diría, más bien, que cabe prever su renovación, sobre la base de la aparición de nuevas heterogeneidades sociales que exigen mediación política. La tesis de

Offe, según la cual la diferenciación social hace inviable una movilización homogénea¹³, es abiertamente insostenible a la vista de la diferenciación social percepti-

ble en las bases de los partidos de la II y III Internacionales. Es precisamente esta diferenciación, y el subsiguiente problema de elaborar un *output* político homogéneo, lo que da sentido a la existencia de los partidos políticos¹⁴. Sostener lo contrario es caer en la vieja mitología de los partidos como organizaciones políticas de una clase, una variante del delirio instrumentalista que ha sido criticada muy precisamente como *reduccionismo de clase* por Laclau y Mouffe.

En segundo lugar, ¿cómo se podría aplicar este análisis a España? ¿Dónde está esa coalición keynesiana en crisis que explicaría el desencanto de las bases sociales de la izquierda? Se puede aceptar, por supuesto, que la izquierda española se enfrenta a las mismas dificultades que la izquierda de los demás países europeos a la hora de consolidar una nueva coalición social, pero estas dificultades sólo inciden *a posteriori* sobre la realidad del desencanto, realidad que sigue exigiendo una explicación. Más aún: la idea de que los nuevos movimientos sociales pueden ofrecer una alternativa a los partidos políticos encuentra muy poca confirmación en España en estos momentos, ya que junto con el desencanto y la crisis de los partidos se ha producido una notable dispersión de dichos movimientos. Ciertamente la lucha antinuclear o el pacifismo conservan una fuerza movilizadora que en otros campos se ha perdido, pero los correspondientes movimientos tienen muy poca fuerza independiente por su carencia de estructura organizativa. El apoyo de los partidos, precisamente, parece ser, en estos momentos, una condición para que las convocatorias de los nuevos movimientos alcancen una repercusión masiva.

Si se aceptan al menos parcialmente las

El apoyo de los partidos parece ser, en estos momentos, condición para que los movimientos sociales alcancen convocatorias masivas.

anteriores objeciones contra las habituales explicaciones del desencanto de la política en la España del postfranquismo, parece necesario buscar en otra parte. Como

ya señalé antes, creo que la pista correcta nos la puede ofrecer una investigación en la cultura política heredada de la dictadura, y muy especialmente de lo que podríamos llamar la subcultura radical: la subcultura de las élites vanguardistas de izquierda que encabezaron las organizaciones políticas enfrentadas a la dictadura desde la clandestinidad a partir de los años 60.

El punto de partida para seguir esta pista puede ser aceptar que en los años 70 se produce una crisis general de las *identidades colectivas* que habían constituido la base social de las fuerzas políticas de izquierda en el período de la postguerra¹⁵. Ahora bien, esta crisis de las identidades colectivas puede entenderse como fruto de una desideologización de los partidos de izquierda impuesta por las exigencias de los mecanismos electorales —como parecen hacerlo Offe y Lechner— o, inversamente, como el resultado de unas transformaciones sociales objetivas que obligarían a los partidos, a causa de las exigencias de la competencia electoral, a desideologizar su discurso político. Esta segunda posibilidad es la que parece posible concluir de los trabajos de Mouffe y Arighi¹⁶, si bien sus autores podrían no estar completamente de acuerdo con ella.

Un esquema ideal, evidentemente muy resumido por razones de espacio, sería el siguiente: Las tensiones de la crisis de los años 30 llevan a la aparición del Estado de bienestar en la postguerra, sobre la base de una organización del trabajo —el *fordismo*— y una norma de consumo de masas vinculada a ella¹⁷. Ahora bien, la misma actuación del Estado de bienestar en el marco del fordismo *despolitiza* la identidad proletaria y crea, como contrapartida, nuevas identidades políticas, los

nuevos movimientos sociales, al atribuir responsabilidad al Estado en problemas que, como la situación de la mujer o la conservación del medio ambiente, habían sido considerados anteriormente problemas privados o propios de la sociedad civil, ajenos a la esfera de lo político.

Los partidos históricos de la izquierda, pese a sus pretensiones en otro sentido, habrían sido siempre partidos *socialmente* interclasistas, pero habrían creado identidades colectivas *de clase* para sus apoyos sociales a través de un discurso *ideológico* centrado en las interpelaciones clasistas¹⁸. La despolitización de la identidad obrera y la simultánea politización de otras *posiciones de sujeto*¹⁹ conduce a una desideologización del discurso partidario, en la medida en que el discurso clasista pierde relevancia para la competencia electoral. Pero no surgen nuevas identidades colectivas que sean la contrapartida de la pérdida de identidad de clase y que, a la vez, engloben las nuevas posiciones de sujeto —presentes, sobre todo, para colmo de paradojas, en el seno de la propia clase proletaria, aunque también entre las clases medias asalariadas—, por lo que los partidos tradicionales entran en crisis.

Ahora bien: este esquema ideal exige importantes reajustes para ser aplicado a la situación española. La identidad colectiva de clase propia de los partidos obreros de la Europa democrática no había tenido plasmación pública bajo el franquismo durante casi 40 años. Así, la crisis del discurso clasista no basta en absoluto para explicar el *desencanto* en la España postfranquista, aunque sea uno de sus componentes. La hipótesis central del análisis que sigue es que la crisis de los partidos de izquierda debe enmarcarse en la España de la transición a la democracia en el cuadro de una subcultura radical marcada por el milenarismo, unas expectativas ilusorias de polarización social —favorecidas por la propia represión de

la dictadura— y una recusación *a priori* del trabajo político en el interior del Estado.

La cultura heredada.

Los rasgos que podemos en principio considerar más definitorios de la cultura política que la España democrática debió heredar de la dictadura son: 1) Un fuerte cinismo político, en el sentido de desconfianza hacia la efectividad y rectitud de la acción gubernamental y hacia el funcionamiento del sistema. 2) Una menor cultura política que la existente por término medio en los países industriales avanzados, en términos de participación e información política. 3) Una fuerte tendencia hacia posiciones de izquierda moderada, o lo que podríamos llamar, siguiendo a Maravall, posiciones de reformismo radical. 4) Una percepción sumamente perso-

En los años 70 se produce una crisis general de las identidades colectivas que habían constituido la base social de las fuerzas políticas de izquierda en el período de postguerra.

nalizada de los mecanismos sociales, según la cual las posibles deficiencias del sistema tienen responsables identificables y no constituyen problemas estructurales específicos. 5) Un notable sentimiento de autonomía de los sujetos sociales frente a los sujetos políticos, lo que implica bajas tasas de afiliación y participación en organizaciones y actividades políticas y sindicales.

Antes de justificar la descripción anterior conviene prevenir contra un error. Cabría deducir del cuadro precedente la imagen de un pueblo de bárbaros moderadamente progresistas y, también, moderadamente conservadores. En efecto, los rasgos 1), 2) y 4) podrían hacer pensar en un problema de simple incultura, mientras que el 3) remitiría a un moderado afán de progreso y el 5) al famoso individualismo del pueblo español. En conjunto tendríamos una sociedad menos predispuesta a meterse en guerras civiles que la de 1936, pero aún muy alejada de una sociedad industrial moderna. El error sería

ignorar los efectos estructurales que sobre la sociedad española ha tenido la industrialización acelerada de los años 60, e identificar el escepticismo político provocado por la interminable presencia de la dictadura con un simple arcaísmo de la sociedad española. Las cosas son más complicadas. A la muerte del general Franco España es un país industrializado a un nivel perfectamente comparable con el resto de Europa: «Mientras que en 1954 la población activa agraria representaba el 48 % de la población activa total, la proporción había disminuido a un 23 % en 1975. La proporción de población activa industrial pasó, en el mismo período, de un 26 a un 37 %, y la población de servicios de un 25 % a un 40 %. Estos cambios en la distribución de la población se correspondían con las transformaciones en la estructura productiva: la agricultura pasó de representar un 22 % del PIB a un 9 %; la industria, de un 35 % a un 38 %, y los servicios de un 43 % a un 53 %... La diferencia con las sociedades industriales más cercanas disminuyó radicalmente aunque aún persistiese. En los años 70, la población agrícola representaba un 18 % de la población activa en Italia y un 13 % en Francia, y la agricultura suponía un 8 y un 6 % del PIB de uno y otro país»²⁰.

Puede comprenderse así la complejidad de la situación. La estructura social española ya no es la correspondiente a una sociedad periférica, ni mucho menos. Pero la modernización ha sido un proceso tardío en comparación con el resto de Europa, lo que se traduce en un peso aún notable de la población agraria, y lo que es más difícil de probar pero nada inverosímil, en una fuerte presencia de tradiciones políticas preurbanas en el seno del propio proletariado industrial, dada la importancia de la migración interior en la formación de éste. Por otra parte es preciso tener en cuenta el efecto peculiar de la ausencia de una práctica política demo-

crática durante casi 40 años. Desde el final de la guerra mundial (y la definitiva derrota de los fascismos) hasta la muerte del general Franco transcurren 30 años. El peso de esa larga noche no puede ser ignorado.

En este contexto, el cinismo político parece una consecuencia lógica de la experiencia de los ciudadanos comunes bajo la dictadura, de la frustración de anteriores experiencias democráticas, y, muy en particular, la II República, y del peso de las tradiciones oligárquicas y caciquiles, de manipulación clientelar, durante el período de la Restauración. Así, los españoles desconfían fuertemente del gobierno, hasta el punto de que un 70 % se declara, ya en la etapa democrática, en desacuerdo con la afirmación: «El gobierno se preocupa por resolver los problemas de la mayoría». Más aún: este cinismo aumenta entre las personas con ideología de izquierda que a la vez son precisamente quienes manifiestan un juicio más positivo sobre los partidos políticos y su necesidad en la democracia. «Quienes más interesados estaban en dicha democracia eran quienes más confiaban en los partidos como instrumentos políticos, pero quienes más desconfiaban de las decisiones de la autoridad pública y quienes más distantes se sentían del país como sistema»²¹.

La otra cara del cinismo político es una baja cultura democrática que conduce a una visión fatalista de la escasa repercusión de las opiniones e intervenciones de los ciudadanos en la elaboración de decisiones políticas. Esta baja cultura (por comparación con las democracias europeas) se refleja en bajos niveles de información y discusión, pero no en la participación electoral, con la excepción, una vez más, de la izquierda. Esta ofrece menores niveles de participación electoral que la derecha, pero preserva en cambio un mayor nivel de actividades políticas minoritarias o no convencionales²².

La izquierda ofrece menores niveles de participación electoral que la derecha, pero un mayor nivel de actividades políticas minoritarias.

Sobre este fondo relativamente retrasado destacan las demandas *reformistas radicales* de la población española. Tales demandas, que se manifiestan como apo-

yo a políticas igualitarias de bienestar social, se manifiestan con una frecuencia dos veces y media superior a la de las demandas conservadores. El fuerte grado de igualitarismo presente en ellas es lo que permite calificarlas de radicales²³.

Los dos rasgos finales de la cultura política española tras 40 años de dictadura no son menos paradójicos. En primer lugar existe en la visión de los conflictos una tendencia a personalizarlos, excluyendo o relegando en su génesis los factores estructurales. «La población española parece desconcertada ante cambios básicos en la economía del país, tales como la pérdida de peso relativo de la agricultura... La población española se resiste a hacer imputaciones o atribuciones causales de lo que ocurre en la economía del país, y en particular el paro, a la economía mundial, el juego de las fuerzas económicas, el mercado u otros factores impersonales... Por el contrario, la población española tiende a atribuir la responsabilidad de lo que ocurre a grupos sociales relativamente específicos: en primer lugar, la clase política, y en segundo lugar la clase empresarial del país. Atribuye, pues, gran capacidad a estos grupos para resolver el problema del paro; pero, al mismo tiempo, dado que lo que de hecho ocurre —en concreto la alta tasa de paro existente— constituye un problema tan grave, la población española expresa una actitud de desconfianza respecto a la voluntad de unos y otros para resolver este problema... Dentro de la clase política, su desconfianza parece mayor respecto al *conjunto* de la clase política que respecto al gobierno»²⁴.

En segundo lugar, y quizá como lógica consecuencia de la desconfianza hacia la clase política y al Estado, existe una fuer-

**Los primeros años
de la España democrática son
un período de deterioro
económico
y social.**

te tendencia hacia el alejamiento de las organizaciones políticas y sindicales, que en el caso de estas últimas se traduce en una muy baja tasa de afiliación y cotización a

los principales sindicatos. Este fenómeno ha sido interpretado como una manifestación del deseo de *autonomía* o libertad²⁵ respecto a todo tipo de organizaciones —incluyendo la empresa—, pero no puede dejar de verse como síntoma de un fuerte individualismo que remite a una sociedad preindustrial y premoderna, a la vieja tradición anarquista española.

Si aceptamos que la anterior descripción de la cultura política heredada del franquismo es correcta no resulta difícil comprender el creciente abstencionismo y desentendimiento de la política perceptible entre la población en general durante los primeros años de la España democrática. En efecto, hay que recordar como factor fundamental que se trata de un período de deterioro económico y social, por razones que veremos a continuación. Una sociedad que desconfía de la efectividad de su intervención en política, que recela de la *clase* política en su conjunto, y que para colmo tiende a personalizar los conflictos en vez de buscar sus raíces estructurales, está inevitablemente condenada a repudiar la política —y a sus representantes— cuando la evolución social no esté a la altura de sus deseos y expectativas.

Y la llegada de la democracia a España coincide precisamente con la aparición de toda una serie de factores negativos que chocan frontalmente con las expectativas sociales. En primer lugar la crisis económica, que pone fin a 15 años de crecimiento, con una elevación sostenida del nivel de vida y una situación muy próxima al pleno empleo. En segundo lugar un alarmante aumento de la violencia, debido, por una parte, al terrorismo heredado de la dictadura y, por otra, a un notable crecimiento de la delincuencia común.

Estos dos factores merecen mención aparte. La violencia de origen político tras la muerte del general Franco tiene tres orígenes principales. Uno es la extrema derecha, exasperada por la legalización de los partidos y sindicatos de izquierda. Otro es ETA, que se beneficia de las sucesivas amnistías que pretenden reconciliar al pueblo español pero decide, por una valoración equivocada del proceso político abierto con las elecciones del 15 de junio de 1977, continuar la lucha armada. El último son los GRAPO, cuyas acciones resultan particularmente irracionales e inexplicables a causa de su absoluta desconexión con toda base o movimiento popular. (La violencia de ETA, guste o no, cuenta con el respaldo de un 20-25 % de la población del País Vasco.)

Mientras que las acciones de la extrema derecha tienen una cierta lógica como res-

puesta a la llegada de la democracia, las acciones de ETA y los GRAPO resultan, pura y simplemente, incomprensibles para la mayor parte de la población española. La decisión de ETA de proseguir la lucha armada sólo puede ser comprendida (*no* justificada) por quienes conozcan bien el proceso político vasco, lo que no es ciertamente el caso de la mayor parte de los españoles. En cuanto a la línea estratégica de los GRAPO hay que admitir que es un fenómeno puramente patológico, y que sólo puede entenderse dentro de la lógica del discurso esquizoide. Tampoco cabía esperar que la mayor parte de los españoles pudieran permitirse semejantes sutilezas.

Para colmo de males, los años 70 ven en España un vertiginoso auge de la delincuencia común y de lo que se denomina oficialmente «inseguridad ciudadana». Es difícil determinar con precisión el origen de este fenómeno. En él han debido influir los indultos que beneficiaron a una parte de la población penal, la cual seguramente no supo apreciar la confianza de

los anarquistas y grupos de extrema izquierda («presos a la calle, comunes también») en la bondad de la naturaleza humana. También debe tenerse en cuenta la previsible inadecuación de los métodos policiales a la nueva situación política. Pero es probable que la raíz principal de la delincuencia sea la anomia creada por el vertiginoso proceso de industrialización y urbanización de los años 60, y por la defraudación a causa de la crisis económica de las expectativas crecientes de los grupos de edad más joven.

El hecho final, en todo caso, es que la llegada de la democracia a España no trae beneficios, sino que coincide con una sucesión de desastres: paro, inflación, terrorismo y delincuencia. La población española no posee la cultura política necesaria para comprender las raíces estructurales de estos fenómenos, y parte de ella reacciona distanciándose

La llegada de la democracia a España coincide con factores negativos que chocan frontalmente con las expectativas sociales.

del nuevo sistema político y negando credibilidad a sus protagonistas. Este proceso se ve, además, agravado por las sucesivas crisis que experimentan los partidos políticos a lo largo de estos primeros años de su existencia legal, pese a que no es difícil comprender que estas crisis eran inevitables.

Ahora bien, por llamativa que pueda ser la creciente distancia de un amplio sector de la población española respecto a la democracia no es aquí donde se encuentra la principal manifestación del *desencanto*. Este tiene su más importante expresión en la desmovilización de una parte sustancial de las élites políticas que protagonizaron la resistencia a la dictadura. Y para comprender este fenómeno es preciso examinar lo que podemos llamar la subcultura radical.

Un discurso mágico: la subcultura radical.

Un primer elemento de la subcultura radical ha aparecido ya en el análisis de la

cultura política global heredada de la dictadura. Dentro de la izquierda es mayor la desconfianza ante el Estado, mayor la tendencia a la abstención electoral. Era inevitable así que las tendencias desmovilizadoras que afectan al conjunto de la población tuvieran especial repercusión entre los grupos más radicales y politizados.

A esto es preciso unir una crisis política de las organizaciones de izquierda que hace muy difícil la militancia para amplios sectores de sus bases. El desembarco en el interior de la dirección (anteriormente en París) del PCE, tras la legalización del partido, implica, por ejemplo, la marginación o relegación de algunos de los mejores y más activos cuadros comunistas. Si a esto se une una absurda reorganización de la estructura del partido (la llamada *territorialización* que, con el pretexto de superar las células de la época clandestina, destruye la tradicional organización sectorial, quizá con el propósito implícito de liquidar toda oposición crítica en el seno de la militancia²⁶), resulta lógico esperar una fuerte desmovilización. Por otra parte, el vertiginoso abandono del leninismo impuesto por la dirección comunista sin ningún debate en profundidad, en función de cálculos bastante oportunistas y electoralistas, priva de sus señas de identidad a los numerosos militantes prosoviéticos del PCE, lo que lleva, a corto plazo, a una pérdida de impulso militante²⁷.

La crisis es aún mayor en la izquierda radical (PTE, ORT) a causa de los pobres resultados obtenidos en 1977. Los grupos sobrevivientes adoptan políticas testimoniales (LCR) o seguidistas respecto al terrorismo vasco (MC) como única forma de mantenimiento de una identidad propia. El proceso, sin embargo, significa en todos los casos una grave crisis de la militancia.

Dentro de la izquierda es mayor la desconfianza ante el Estado, mayor la tendencia a la abstención electoral.

Ahora bien, esta crisis del PCE y de los grupos radicales no se traduce en cambios de militancia, sino en el abandono total de ésta, aunque este abandono se enmascare con la vieja fraseología radical. Los antiguos militantes se centran en la vida privada, redescubriendo la carrera profesional, y buscando, en muchos casos, la coartada de aficiones particulares (desde la gastronomía a la novela negra) para dar sentido a una vida que hasta entonces había estado centrada —de forma tan absoluta como alienada— en la actividad política. Naturalmente el fenómeno no es completamente general: algunos militantes del PCE y la ORT han pasado al PSOE tras un proceso de crisis política, y cabe imaginar que el peso del PSOE como polo de atracción de la antigua izquierda comunista o radical crezca si el partido socialista se convierte en eje de un gobierno progresista en España.

No obstante, se puede decir que el fenómeno más general no es éste, o al menos que no lo ha sido precisamente en el período en que podemos hablar del *desencanto* como realidad dominante de la vida política española. Pues, en efecto, el desencanto parece ser un hecho que posee un horizonte temporal muy específico, pudiendo decirse que empieza en 1978 —el año del *consenso* entre los partidos parlamentarios para elaborar la nueva Constitución democrática— y que comienza a retroceder de forma lenta, pero estable, a partir del intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. La abrumadora victoria socialista en las elecciones autonómicas de Andalucía, y las crecientes expectativas de triunfo del mismo partido en las inminentes elecciones legislativas serían un buen síntoma de que en 1982 la izquierda española ya no se halla bajo el signo del desencanto.

Precisamente es su horizonte temporal concreto lo que nos ofrece una primera hipótesis sobre la naturaleza de este fenó-

meno: el desencanto habría sido un fenómeno de recomposición de la izquierda provocado por la crisis de su discurso tradicional (ante su evidente falta de adaptación a la nueva realidad política nacida de las elecciones de 1977) y que comenzaría a ceder al generalizarse un nuevo discurso más apropiado a la nueva realidad. Para verificar esta hipótesis será necesario elaborar primero un esbozo del discurso tradicional, mostrar después cómo éste choca con la experiencia política del período 1978-1981, y sugerir, por último, una explicación para la generalización de un nuevo discurso político a partir de 1981.

Ya hemos señalado que el primer rasgo de la subcultura radical surgida de la resistencia contra la dictadura es la *desconfianza ante el Estado (al poder)*. No es difícil comprender, por tanto, que los militantes de izquierda experimentaran un fuerte desconcierto cuando en 1978 el PCE y el PSOE se introducen en la política de Estado, a través, primero, de los llamados Pactos de la Moncloa, y después del consenso para la elaboración de la Constitución. El fenómeno se agrava cuando en 1979 la izquierda se hace cargo de los principales municipios españoles: el movimiento ciudadano, que hasta ese momento se había definido por su oposición a los municipios franquistas, se encuentra ahora sin adversario. Peor aún, los partidos de izquierda proclaman que las reivindicaciones del movimiento van a ser atendidas, por lo que éste ya no tiene sino un sentido secundario y subordinado al poder municipal. Sin embargo, algunos de los objetivos tradicionales del movimiento se revelan jurídicamente inalcanzables, lo que es vivido por muchos de los militantes como una traición de los nuevos dirigentes municipales de izquierda²⁸.

Un segundo rasgo de la subcultura radical sería lo que podemos llamar, precisamente, *radicalismo reivindicativo*. La experiencia del crecimiento económico de

los años 60 ha acostumbrado al movimiento obrero a una elevación sostenida de su nivel de vida obtenida casi siempre a través de movilizaciones que comienzan siendo económicas para hacerse rápidamente políticas por la respuesta represiva de la dictadura. En muchos casos, la única forma de resolver el conflicto, o de evitar que llegue a darse, es que la patronal acepte las principales reivindicaciones económicas de los trabajadores. Este fenómeno persiste hasta 1976, año ya de grave crisis económica, pero en el que la muerte del general Franco ha creado una situación de incertidumbre en la que la patronal prefiere seguir haciendo concesiones antes que llegar al enfrentamiento.

En 1978 todo cambia. La crisis hace ya imposibles nuevas concesiones económicas excepto en sectores muy concretos, y la izquierda acepta, a través de los Pactos de la Moncloa, una política de austeridad salarial con contrapartidas de racionalización y saneamiento del sistema económico en general. Esto es muy difícil de entender para aquellos sectores obreros que habían mostrado anteriormente más combatividad, y que siempre habían asociado la lucha del movimiento obrero con la consecución inmediata de resultados económicos.

Para la izquierda en general (más allá de la clase obrera) el radicalismo reivindicativo es también un patrón heredado de la lucha contra la dictadura. Puesto que las reivindicaciones se formulan ante una autoridad que se rechaza plenamente, no se pretende en ningún caso permanecer al nivel de lo asequible, sino que se plantean reivindicaciones *totales*, partiendo del supuesto de que así se obtendrá parte de lo pedido y caerá sobre la autoridad enemiga el descrédito de no haberles satisfecho plenamente. El punto de partida, por tanto, es la visión del poder desde una situación de absoluta exclusión.

Con el fin del franquismo todo se com-

**Para la izquierda en general
el radicalismo reivindicativo
es un patrón heredado
de la lucha
contra la dictadura.**

plica. El poder ya no aparece como algo plenamente ajeno, pero tampoco puede conceder todo lo que se le reclama, por impedirlo la legislación, las condiciones objetivas que impone la economía o, simplemente, la presión de los *poderes fácticos*. Esto es especialmente palpable en el caso de los municipios, donde la izquierda posee un poder propio, pero también se da en lo referente a la Administración del Estado, tomando aquí la forma de una disfuncionalidad de los partidos políticos. Los partidos de izquierda, en efecto, no pueden autoexcluirse del área de poder, pues deben negociar acuerdos sobre la Constitución, la reforma de la legislación, la democratización de las instituciones y un largo etcétera de cuestiones. Esto, a su vez, les lleva a reconocer las condiciones objetivas que limitan la acción del gobierno, y con ello se distancian de una base social que no desea hacer la menor concesión al poder.

Más claramente: en los años 60 los movimientos sociales plantean reivindicaciones radicales ante el poder, de las que esperan obtener una satisfacción parcial y un cierto descrédito público del poder por no satisfacerlas en su plenitud. Con la emergencia de los partidos como forma de mediación entre los movimientos y el poder, este descrédito recae sobre los partidos de izquierda, que deben *filtrar* las reivindicaciones sociales si no desean romper las reglas del juego. Y para colmo de males la satisfacción de las reivindicaciones filtradas aparece limitada por la crisis económica, la debilidad del sistema democrático y, en cierta medida, por la inexperiencia del personal político de la izquierda, que no siempre sabe sacar todo el partido posible a sus propias bazas. Es bastante obvio que el resultado de este desajuste entre las nuevas condiciones sociales y políticas y el patrón reivindicativo propio de la subcultura radical debía conducir a una crisis de esta última que tomaría la forma de desconfianza creciente hacia los partidos.

La izquierda consideraba que existían las condiciones para una ruptura tajante con la herencia del franquismo.

El tercer rasgo de la subcultura radical que debería subrayarse es el espejismo dominante en ella sobre la *bipolarización absoluta* de la población española en el terreno político. Este espejismo toma diferentes formas. La izquierda en general cree que existen las condiciones para una ruptura tajante con la herencia del franquismo (lo que se da en llamar *ruptura democrática*), sobre la base de que el régimen no posee una base social importante; y a partir de esta creencia común los diferentes sectores de la izquierda hacen sus propias apuestas, por una inminente crisis revolucionaria, por una larga etapa de *democracia avanzada* que será la antesala del socialismo, etc. Incluso el PSOE se muestra confiado en la posibilidad de la ruptura democrática, si bien no hay en sus filas concepciones demasiado claras sobre la etapa posterior.

Esta confianza, en todo caso, carecía de fundamento. El resultado combinado de las elecciones de junio de 1977 y del referéndum sobre la reforma política que abrió el camino hacia ellas parece mostrar claramente que el franquismo poseía una amplia base social, si bien en buena parte de ella dominaba lo que podríamos llamar un *consenso pasivo*: el sentimiento de que era indeseable una ruptura o un enfrentamiento tajante con el régimen²⁹.

El origen del espejismo, por otra parte, no es difícil de hallar. La represión impuesta por la dictadura tiene la consecuencia, seguramente imprevista, pero ciertamente muy deseada, de crear la imagen de una sociedad española dividida entre el franquismo y el comunismo (incluyendo en este último a la extrema izquierda y al PSOE del interior, considerado por la prensa de la dictadura como un cómplice, voluntario o no, del PCE). El amplio espectro de opiniones moderadas que se extiende entre la extrema derecha y la oposición activa a la dictadura no tiene la menor posibilidad de aflorar en una si-

tuación en que cualquier forma de oposición a la dictadura puede ser tachada de complicidad con el «comunismo internacional».

La represión no es el único elemento a tomar en cuenta. La dirección exterior del PSOE sigue durante los años 60 una política delirante que hace prácticamente inexistente la presencia socialista en el interior. Hasta los congresos de Toulouse (1972) y Suresnes (1974) el PSOE no recupera la iniciativa política. En 1975, el año de la muerte de Franco, un periodista del partido comunista italiano publica una historia del movimiento obrero español en la que considera irreversible la decadencia de la UGT en España³⁰, en beneficio de las Comisiones Obreras hegemónicas por el PCE. La historia de los años posteriores desmentiría esta profecía que, sin embargo, hacían muy creíble en aquel momento el retraso de la reimplantación del PSOE en el interior y la represión política que permitía pensar en la inexistencia de áreas *moderadas* que aceptaban pasivamente el franquismo pese a estar en su contra³¹.

Tenemos aquí tres rasgos de la subcultura radical que habrían chocado frontalmente con la nueva situación que se produce en España a partir de 1977: la desconfianza hacia el poder, el radicalismo reivindicativo y el espejismo de una bipolarización de la sociedad. En conjunto se podría decir que estos rasgos configuran un discurso político mágico y milenarista, centrado en la inminente llegada del *gran día* (la ruptura democrática o la revolución) y alejado de cualquier visión racional de la política democrática como conciliación pacífica de los intereses (contrapuestos) presentes en la sociedad sobre la base de sus respectivos apoyos sociales y políticos.

Resulta demasiado fácil vincular este milenarismo y este carácter mágico del discurso político radical en la España del franquismo con el marxismo como princi-

pal componente de la cultura de oposición en este período. Habría más factores: el peso del cristianismo progresista, muy presente en algunos grupos concretos (FLP, ORT), pero activo sobre todo inconscientemente en buena parte de los militantes contra la dictadura, educados con muy pocas excepciones en medios católicos; la misma cultura política española, marcada tradicionalmente por un extremismo de corte milenarista que tiene su apoteosis en la guerra civil.

En este sentido, el *desencanto* habría sido más bien un *desencantamiento* (en el sentido weberiano) del discurso político de la izquierda española. Bajo esta perspectiva habría sido un fenómeno de racionalización, bastante positivo, de la vida política general. Sin embargo, sus consecuencias negativas a corto plazo parecen indudables. Durante su momento de mayor actualidad el desencanto promovió la desmovilización y la indiferencia respecto al sistema democrático precisamente en aquellos que habían sido sus máximos defensores durante la dictadura. Desde este punto de vista el desencanto fue un factor desestabilizador del sistema democrático y contribuyó a crear en la extrema derecha la ilusión de que el nuevo régimen había perdido todo apoyo popular, ilusión que hasta el momento ha provocado ya dos intentos fallidos de golpe de Estado.

¿En qué forma un proceso de racionalización del discurso político desembocó en una desmovilización de los sectores políticamente más activos? Parece natural buscar la respuesta en un típico fenómeno de expectativas defraudadas. Estas expectativas eran las vinculadas a un derrumbamiento vertical de la dictadura (ruptura democrática), con el consiguiente protagonismo político de las organizaciones en

las que militaban quienes en los años 1978-81 sucumbirían al desencanto. El milenarismo habría sido el motor de la movilización, la no realización de las ex-

**El golpe del 23-F
ha terminado por despertar
de nuevo
la voluntad de actuación
política.**

pectativas milenaristas, la explicación de su crisis.

El fenómeno debe extenderse en su concreción generacional. En los últimos años

60 y primeros 70 se configura una generación que llega al año 1975 agrupada en torno a los 30 años y que ha pospuesto sus ambiciones profesionales y personales a la realización y de un ideal político que oscila entre una democracia *avanzada* (por ejemplo, radical) y la dictadura del proletariado. Esta generación descubre en los últimos años 70 que sus esfuerzos y renuncias han conducido a una situación muy distinta de aquella a la que aspiraban. No es sorprendente entonces que decidan abandonar la política y recuperar la vida privada, rehacer sus vidas sentimentales, dedicarse a sus hijos, consagrarse a la novela negra, al cine o a la cocina.

Ahora bien, el desencanto se basaba en la creencia en que lo obtenido con la llegada de la democracia era poco, en el convencimiento de que habría sido factible obtener mucho más. El golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 vino a demostrar, al menos, que lo obtenido —poco o mucho— estaba en peligro. La difundida convicción de que un golpe de Estado era imposible, una mera coartada para la moderación injustificable de los partidos políticos, se derrumbó estrepitosamente con la entrada del teniente coronel Tejero en las Cortes. La manifestación del 27 de febrero (un millón de personas en Madrid) demostró que el país estaba con la democracia, y fue quizá el comienzo del fin del desencanto.

Se dijo anteriormente que el desencanto podría haber sido el precio de una reconstitución del discurso político de la izquierda. Según esto sería una manifestación de los *desplazamientos de compromiso* entre lo privado y lo público analizados por Hirschman: la disminución del nivel de compromiso en la esfera *pública* provoca-

**La apuesta en la España
de 1982
es la posibilidad de un gobierno
reformista cuyo eje
sea el PSOE.**

da por la llegada de la izquierda a la escena política, y la inesperada demora en la obtención de reivindicaciones antes pensadas como triviales, habrían llevado a

una generación de militantes a refugiarse en la vida *privada* ³².

En 1982 la pelota ha cambiado de campo. El golpe del 23 de febrero, que en un principio provocó un mayor desánimo en los sectores progresistas, ha terminado por despertar de nuevo en ellos la voluntad de actuación política. La necesidad de modernizar y racionalizar el aparato de Estado, la necesidad de un prolongado período de gestión *socialdemócrata* del Estado se ha hecho evidente para todos los supervivientes de la izquierda de los años 60, con excepciones notables en las personalidades públicas, pero muy escasas en las filas de la militancia de base. Sólo Herri Batasuna (último refugio del milenarismo vasco) y sus compañeros de viaje mantienen en alto las banderas del discurso mágico. El resto de la izquierda ha descubierto la política como arte de lo posible y el socialismo como proceso de reformismo radical ³³, comenzando —muy significativamente— por Euskadiko Ezkerra, la organización en la que militan casi todos los primeros activistas de la ETA antifranquista, la ETA del juicio de Burgos y la resistencia contra el terror de Estado.

La apuesta en la España de 1982 es la posibilidad de un gobierno reformista cuyo eje sea el PSOE. Ante la inminencia de unas elecciones legislativas en las que las encuestas favorecen claramente al PSOE, y en medio de un vergonzoso derrumbamiento del actual partido del gobierno, la UCD, bajo el peso de sus irresolubles contradicciones ideológicas internas, en España las posibilidades son reformismo o involución, pudiendo esta última tomar la forma brutal de un nuevo golpe de Estado o la más moderada de un gobierno de la

derecha postfranquista encabezada por Manuel Fraga.

En este contexto, hay razones para creer que ahora, en medio de una campaña electoral sin términos medios, la generación del desencanto deberá desempol-

var y redescubrir las viejas banderas del socialismo y la democracia.

El presente texto es una versión actualizada de la ponencia presentada en el XII Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Ciencia Política (Rio de Janeiro, Brasil, 9-14 septiembre de 1982) bajo el título «La crisis de un discurso mágico: el desencantamiento de la política en la España del postfranquismo».

¹ La abstención pasa del 21,6 % en las elecciones constituyentes de 1977 al 33 % en 1979. Este crecimiento de la abstención es más notable si se considera que es paralelo al que se produce entre el referéndum para la aprobación de la reforma política, en diciembre de 1976, y el referéndum para la aprobación de la Constitución, en diciembre de 1978. Hay que recordar que en el primero la consigna de la izquierda era a favor de la abstención, mientras que en el segundo la izquierda apoyaba la participación y el voto afirmativo.

² La versión más elaborada de esta tesis es la de Julio Rodríguez Arramberry: «Origen y evolución del sistema de partidos en la España democrática: un ensayo de interpretación», en Fernando Claudín, comp.: *¿Crisis de los partidos políticos?*. Madrid. Dédalo. 1980. Hay una versión anterior del mismo análisis en «The political transition in Spain: an interpretation». *The Socialist Register*. 1979. Páginas 172-202.

³ Arramberry. 1980. Pág. 92. Por supuesto debe recordarse que este análisis es anterior al golpe de Estado del 23 de febrero.

⁴ Víctor Pérez Díaz: *Clase obrera, orden social y conciencia de clase*. Madrid. Fundación del INI. 1980. Pág. 27. Véanse también págs. 24-26.

⁵ *Ibid*, pág. 50.

⁶ Véase Ludolfo Paramio y Jorge Martínez Reverte: «Sin imaginación y sin principios: la izquierda durante el período constituyente». *Zona Abierta*, 18. Enero-febrero de 1979, y «Contra las cuerdas», en Fernando Claudín, comp.: *¿Crisis de los partidos políticos?* Madrid. Dédalo. 1980.

⁷ Norbert Lechner: *Especificando la política*. Santiago. FLACSO. Documento de Trabajo 134. Enero de 1981. Pág. 37.

⁸ *Ibid*, pág. 38.

⁹ Véase Ernesto Laclau: «Hacia una teoría del populismo», en *Política e ideología en la teoría marxista*. Madrid. Siglo XXI. 1978.

¹⁰ Véase David A. Gold: «The rise and decline of the Keynesian coalition». *Kapitalistate*, 6. 1977, y Garerth Stedman Jones: «Marching into history?». *New Socialist*, 3. Enero-febrero de 1982, sobre los casos norteamericano e inglés, respectivamente.

¹¹ Véase Chantal Mouffe: «Democracy and the New Right». *Politics and Power*, 4. 1981.

¹² Véase Claus Offe: «Competitive party democracy and the Keynesian Welfare State», multicopiado, 1981, y «Notes on the future of European socialism and the state». *Kapitalistate*, 7, 1978, y James

O'Connor: «Towards a historical materialist theory of political parties and the capitalist state», manuscrito impublicado del que apareció una versión reelaborada por el San Francisco Bay Area Kapitalistate Group: «Political parties capitalist development». *Kapitalistate*, 6, 1977.

¹³ Offe. *Kapitalistate*, 7. 1978. Pág. 32.

¹⁴ Chantal Mouffe: «Socialismo, democracia y nuevos movimientos sociales». *Leviatán*, 8. Verano de 1982. Mouffe habla del problema de crear un «sujeto revolucionario socialista» en términos análogos a los que aquí se emplean para hablar del sentido de los partidos políticos (socialistas).

¹⁵ Véase Norbert Lechner: *¿Qué significa hacer política?* Santiago. FLACSO. Documento de Trabajo 144. Mayo de 1982.

¹⁶ Véase Offe, 1981 y 1978; Lechner, 1982; Mouffe, 1982, y Giovanni Arrighi: «The class struggle in twentieth-century Western Europe». Ponencia presentada en el IX Congreso Mundial de Sociología. Upsala, 14-19 de agosto de 1978. Multicopiado.

¹⁷ Véase Michel Aglietta: *Regulación y crisis del capitalismo*. Madrid. Siglo XXI, 1979.

¹⁸ Sobre el concepto de interpelación véase Laclau, *op. cit.*, págs. 112-126.

¹⁹ Véase Mouffe, 1982.

²⁰ José María Maravall: *La política de la transición, 1975-1980*. Madrid. Taurus, 1982. Páginas 130 y n.

²¹ *Ibid*, págs. 111-116.

²² *Ibid.*, págs. 103-107.

²³ *Ibid.*, pág. 119.

²⁴ Fundación para la Investigación Económica y Social de la Confederación Española de Cajas de Ahorro (FIES): «Actitudes de la población española ante el empleo y el paro». *Papeles de Economía Española*, 8. 1981. Pág. 326.

²⁵ Pérez Díaz: *Op. cit.*, pág. 56.

²⁶ Véanse Pedro Vega y Peru Erroteta: *Los herejes del PCE* (Barcelona. Planeta. 1982), y Manuel Azcárate: *Crisis del eurocomunismo* (Barcelona. Argos-Vergara. 1982).

²⁷ Y a medio plazo ha llevado a una escisión prosoviética, el Partido de los Comunistas de Cataluña, que puede extenderse a toda España.

²⁸ Este habría sido el caso de la lucha popular contra la construcción del centro comercial de La Vaguada, en Madrid, que durante muchos años alcanzó un alto nivel de movilización en torno a la consigna *La Vaguada es nuestra*.

²⁹ Sobre el consenso pasivo como fundamento de la hegemonía del franquismo, véase Ludolfo Paramio: «El bloque dominante en España». *Cuadernos Políticos*. México, 7. Enero-marzo de 1976.

³⁰ Marco Calamai: *Storia del movimento operaio spagnolo dal 1960 al 1975*. Bari. De Donato, 1975. Pág. 160.

³¹ Véase Ludolfo Paramio y Jorge Martínez Re-

verte: «Resistencia obrera y Estado burgués de excepción: España y América Latina». *Zona Abierta*, 21. Septiembre-octubre de 1979.

³² Véase el comentario de Robert L. Heilbroner sobre el libro de A. O. Hirschman: *Shifting involvements: private interest and public action*: «The way of all flesh». *New York Review*. 24 de junio de 1982.

³³ Véase Maravall: *Op. cit.*, págs. 261 y ss.